

HISTORIA DEL CUERO Y LA PIEL (III).

Con el mismo celo con que continuaron los mudéjares las tradiciones hispanomusulmanas aplicándolas a la cerámica o a la ejecución de magníficas techumbres de madera, la herencia del curtido y de los diferentes trabajos sobre cuero cuajó entre el musulmán sometido a los conquistadores cristianos en obras espléndidas aplicables a la más diversa variedad de objetos (encuadernaciones, decoración interna de muros, altares y retablos, gualdrapas de corceles y sillas de montar, alfombras, tapicería de muebles, etc.), que no solo formaban parte de los ajuares reales y de la nobleza, sino que fueron frecuente objeto de regalo a soberanos extranjeros y producto habitual de exportación a los países europeos, con lo que la fama de estas producciones españolas alcanzó una alta cotización en Occidente.

La industria del cordobán, patrimonio cordobés en sus primeros tiempos, sigue siendo actividad de la ciudad después de la conquista cristiana, pero se ha extendido ya a otras muchas localidades peninsulares, como Valencia, Barcelona, Sevilla (donde existían numerosos talleres en el barrio de Santa Cruz), Valladolid y otras muchas y, si bien fueron las piezas producidas en Córdoba las que seguían teniendo mayor aceptación, todas en general tuvieron amplio mercado en el exterior como se desprende de los elogiosos comentarios que a la calidad del cordobán de España se dedican en los reglamentos de los gremios y en inventarios europeos. Con los guadameciles los mudéjares realizan piezas de destacada belleza en las que superan incluso a sus maestros musulmanes en la brillante policromía y la perfecta realización de repujados y dorados, en los que los elementos decorativos precedentes de lo musulmán y del arte cristiano occidental se realzan con la adición de clavillos dorados o de lentejuelas doradas y plateadas. También los guadamecileros se extendieron abundantemente por las ciudades españolas, siendo muy apreciado su trabajo por estar aplicado a la realización de una industria de lujo.

Los elevados costes que alcanzaban las tapicerías de Flandes, o los ricos brocados, terciopelos de sedas italianos, dio un carácter de preeminencia a las colgaduras o a los recubrimientos de muros de los palacios y casas nobiliarias realizados en cuero, porque, aparte de su mayor resistencia, aventajaban a aquellos en economía y con ello se conseguían espléndidos efectos decorativos. Y algo similar ocurre con el tapizado de muebles, puesto que los cueros artísticos también persistieron en las tradiciones mudéjares hasta bien avanzado el Renacimiento, por lo que los más caracterizados ejemplares de mueble español del siglo XVI llevan el casi obligado complemento del cuero que, junto a la clavazón, constituye el valor adecuado a la sobriedad en ellos dominante.

Pero todo el brillo alcanzado por las piezas medievales y aún renacentistas y aquella perfección artesana del guadamecintero mudéjar se irán perdiendo poco a poco a medida que avanza el Barroco, pues ya a partir del XVII la progresiva industrialización

del trabajo hará volver al uso de los tejidos y tapicerías, haciendo que se olvide este noble arte.